

La teología del dominio se encuentra con el Reino de Dios

Por Rubén C. Alvarado

Reseña de *El Reino y el Poder: Redescubriendo la Centralidad de la Iglesia*, por Peter Leithart (Phillipsburg, NJ: Presbyterian & Reformed Publishing Co., 1993), pp. Xiv, 269.

Contra Mundum, No. 12, Verano 1994

Copyright 1994 Rubén C. Alvarado

El movimiento de la “Reconstrucción Cristiana” ampliamente concebido ha estado dominado por un solo motivo: el dominio. Durante demasiado tiempo, dicen los reconstruccionistas, la Iglesia ha eludido la tarea que Dios impuso a Adán en Génesis 1:26-28: someter la tierra y tener dominio sobre todas sus criaturas. Los cristianos están llamados por Dios a recuperar este llamado “mandato de dominio” y tomar el control de todos los ámbitos de la vida: la familia, los negocios, la ciencia, el gobierno, la economía, el arte, etc.¹ Estas actividades se elevan a la categoría de “actividades del reino”. Las obras de la cultura “construyen el reino”. Este programa de acción, en particular a través de la obra de Rousas John Rushdoony, fue adoptado del movimiento “neocalvinista” holandés cuyo padre fundador fue Abraham Kuyper (1837-1920). Neo-calvinista, porque (1) hizo un gran negocio de ser reformado, y (2) descartó elementos fundamentales de la herencia reformada clásica. Los neocalvinistas (al menos desde que la escuela de la “Idea Cosmónica” de Herman Dooyeweerd tomó el relevo en la década de 1930) denigraron la confianza de esa tradición en la filosofía clásica representada por Platón, Aristóteles y otros, y rechazaron el énfasis “pietista” en la experiencia religiosa personal subjetiva tan característica de la enseñanza reformada estricta anterior. Aún más crucial: los neocalvinistas rechazaron el mandato teocrático de un establecimiento público de la religión, tal como se recoge en el artículo 36 de la Confesión Belga. De hecho, en 1905, los neocalvinistas, bajo el liderazgo de Kuyper, eliminaron la parte ofensiva de ese artículo.² Kuyper propuso una distinción radical entre la Iglesia visible y la invisible, restando importancia al papel de la primera en favor de la segunda. Estos rasgos distintivos se trasladaron al movimiento de Reconstrucción Cristiana.

No es que los neocalvinistas rechazaran la idea de que los cristianos debían aplicar las verdades de las Escrituras a la sociedad. Ni mucho menos. Al tiempo que rechazaban la teocracia tradicional, trabajaban para aplicar una nueva definición del Reino de Dios a la sociedad. La teología reformada clásica había definido el Reino de Dios esencialmente como la Iglesia, tanto invisible como visible, no como la sociedad en general. Sin duda, el Reino repercutía en la sociedad, y la sociedad debía subordinarse a las pretensiones del Reino, pero nunca podría decirse que la sociedad fuera el Reino o encarnara el Reino.³ Los neocalvinistas redefinieron ese Reino como la Iglesia invisible, pero no en el

1 Estas listas que describen “todos los ámbitos de la vida” casi siempre terminan en “etc”.

2 "El oficio [de los magistrados civiles] no es sólo tener en cuenta y velar por el bienestar del estado civil civil, sino también proteger el ministerio sagrado y así eliminar e impedir toda idolatría y falso culto. *la idolatría y la falsa adoración, para que el reino del anticristo sea destruido y el reino de Cristo sea de Cristo*". La cláusula en cursiva fue eliminada. Esta acción fue similar a lo que los Presbiterianos americanos hicieron a la Confesión de Westminster en 1787.

3 La expresión clásica de la enseñanza reformada a este respecto es *De Regno Christi* de Martín Bucero. El capítulo II del libro I se titula: “Lo que el Reino de Cristo y los Reinos del mundo tienen en común y lo que no”. En ambos reinos, una persona ejerce la autoridad suprema; además, tanto los reyes como Cristo trabajan para “establecer y promover los medios de hacer a sus ciudadanos devotos y justos”, aunque los reyes terrenales no pueden afectar al corazón, sino que

antiguo sentido de verdaderos creyentes unidos a Dios en el cielo, sino simplemente como cristianos activos en el mundo. Las asociaciones privadas cristianas se convirtieron en la expresión de esta iglesia invisible, en contraposición a la iglesia institucional tradicional. El Reino se convirtió así en una parte de la cultura humana, la levadura, se esperaba, que haría una cultura aceptable para Dios. Así se cumpliría el mandato cultural. Así, el mandato cultural pasó a considerarse el medio para establecer el Reino de Dios en la tierra. La cultura cristiana es el Reino de Dios.

El problema de este planteamiento es: ¿qué es la cultura cristiana? Vivimos en un mundo en el que, incluso en los mejores tiempos, un número considerable de personas son inconversas. Pero la cultura es una empresa colectiva. Uno no puede construir una cultura por sí solo. Se necesita la cooperación de los demás. La cooperación exige una función rectora, un objetivo, una teleología. Las personas sólo pueden cooperar si tienen algún fin último en mente. ¿Cómo pueden los no creyentes cooperar con los creyentes en la construcción de la cultura?

En términos del enfoque neocalvinista, esto se hace desestableciendo la Iglesia y la religión, y estableciendo así el Estado por encima de las diferencias confesionales, permitiendo que las diferentes agrupaciones confesionales de la sociedad “compitan” entre sí en actividades de construcción de la cultura. Lo que surge entonces, de los círculos cristianos, es una variedad de instituciones cristianas—universidades cristianas, periódicos cristianos, radio y televisión cristianas, librerías cristianas, escuelas cristianas, hospitales cristianos, etc.—que se contraponen a sus homólogos humanistas. Desde el punto de vista del Estado, éstas se sitúan en una línea: Las instituciones cristianas no tienen mayor valor jurídico que las humanistas.

Este planteamiento sólo es sostenible cuando se relega toda la cultura a la esfera privada. El Estado y la cultura están estrictamente separados. Sólo así puede mantenerse la condición de estricta neutralidad en los asuntos públicos. Pero, ¿adivinen qué? La política también resulta ser cultural. Los movimientos culturales no discurren aislados de los políticos. De hecho, la política tiende a expresar el equilibrio de poder entre los elementos culturales de la sociedad.

Una vez más, el paradigma neocalvinista sale al rescate. Sí, la cultura influye en la política; desde luego, no se puede mantener un muro de separación entre ambas. Lo que sí hay que hacer es garantizar que el equilibrio de poder en la sociedad se refleje fielmente en la política. Así, la democracia, las elecciones libres y justas, garantizarán que la competencia entre agrupaciones confesionales en el sector privado, en la “cultura”, se extienda al ámbito público.

sólo pueden trabajar sobre el hombre exterior; además, en ambos reinos los malvados deben ser tolerados “mientras yacen ocultos entre los buenos”, aunque cuando se exponen y demuestran ser incorregibles deben ser “expulsados de la mancomunidad”; los reyes de este mundo recompensan a los buenos y castigan a los malos por medios externos, mientras que Cristo obra por medio de Su Palabra y del Espíritu; tanto los reyes del mundo como Cristo se relacionan con sus súbditos por medio de pactos y sacramentos externos, pero los sacramentos de Cristo limpian del pecado “según el consejo oculto de su eterna elección”; de nuevo, ambos reyes atienden a las necesidades materiales de sus súbditos, ambos velan por la educación de sus súbditos en ocupaciones útiles según la habilidad y función de cada individuo, pero el gobierno civil necesita del Reino de Cristo para cumplir este objetivo: “sólo en el Reino [de Cristo] se alcanza este fin del gobierno civil”. “ Los reyes de la tierra no pueden dar a sus súbditos ricos un espíritu de compartir las bendiciones materiales, ni a sus súbditos necesitados “corazones que acepten una dependencia inevitable de la bondad de los demás.” Los reinos del mundo y el Reino de Cristo también están sujetos el uno al otro en la medida en que cada uno está bajo la jurisdicción del otro, según la dispensación del Señor. *De Regno Christi*, trad. Wilhelm Pauck en colaboración con Paul Larkin, en *Melancthon and Bucer*. The Library of Christian Classics (Filadelfia, PA: The Westminster Press, 1969).

En tiempos de Abraham Kuyper se podía contar con una mayoría cristiana. Ahora ya no. Los cristianos se ven cada vez más atacados en la sociedad neerlandesa contemporánea. Recientemente se ha aprobado una enmienda sobre la igualdad de derechos que garantiza que nadie podrá ser discriminado a la hora de contratar, alquilar una vivienda, etc., especialmente en lo que respecta a la orientación sexual. Se trata de un ataque frontal a las instituciones cristianas. Era de esperar.

Los cristianos neerlandeses “conservadores” contemporáneos aceptan casi pasivamente esta situación. Están tan apegados a este sistema de “neutralidad” bajo la dirección del Estado que ya no parecen capaces de defender valores específicamente cristianos. En su mayor parte, la ética cristiana en los Países Bajos consiste en seguir la agenda socialista de izquierdas. La mayoría de los cristianos holandeses aplaudieron la victoria de Bill Clinton sobre George Bush. Mientras escribo, se está intentando formar un nuevo gobierno de coalición en los Países Bajos. Una de las opciones es una coalición entre partidos cristianos y el partido liberal pro libre mercado. Una vez más, la mayoría de los cristianos holandeses están en contra de tal coalición y preferirían unirse al partido laborista de izquierdas.

Muchos de los problemas experimentados por los neocalvinistas holandeses están surgiendo ahora para los cristianos conservadores de EE.UU. El humanismo imperante en las instituciones públicas, especialmente en la educación pública, ha puesto a los cristianos en pie de guerra. El viejo consenso de la “escuela dominical” se evaporó en los años sesenta para no volver jamás.

Frente a esta amenaza, el modelo neocalvinista de acción cultural se ha adaptado a la situación estadounidense, especialmente por influencia del movimiento de Reconstrucción Cristiana. Esto ha dado lugar a un auge en dos ámbitos: el asociacionismo cristiano voluntario, especialmente en la educación y los medios de comunicación, y la acción política cristiana.

Qué objetivo debe alcanzarse realmente a través de la acción política es objeto de debate. Muchos siguen el marco kuyperiano al tratar de mantener un Estado religiosamente neutral que, no obstante, se adhiera a la ley de Dios en asuntos seculares.⁴ Otros creen que la acción política puede conducir realmente a la instauración del Reino. La mayoría de los humanistas seculares atribuyen este último objetivo a todo activismo político cristiano, y se asustan como es debido. Y, a decir verdad, el activismo político cristiano siempre trabajará bajo la presunción de que, en el fondo, lo que realmente quieren estos fanáticos es imponer sus creencias fundamentalistas a todos los demás.

El problema de todo este planteamiento no es tanto la suspicacia liberal como que acepta un presupuesto fundamental del liberalismo moderno: que el cristianismo no puede establecerse públicamente, que la nación como tal no puede ser cristiana. Por lo tanto, los cristianos necesitan trabajar a través del “proceso democrático”, a través de la acción política, para conseguir la mayor cantidad posible de su agenda en los libros de leyes. En resumen, los cristianos necesitan aceptar la armadura de Saúl para hacer el trabajo de David. Pero esto plantea una pregunta crucial: ¿es la política el vehículo para promover principios fundamentales, presupuestos? ¿La política consiste en someter la Verdad al voto de la mayoría? O peor aún: ¿a las prácticas odiosas de la política partidista? ¿Deben

4 Este evangelio fue predicado por la Mayoría Moral de Jerry Falwell, Chuck Colson, Herbert Titus (antiguo decano de la Facultad de Derecho de Pat Robertson) y la última manifestación, la Coalición Cristiana. decano de la facultad de derecho de Pat Robertson), y la última manifestación, la Coalición Cristiana.

confiarse los intereses del Reino al Partido Republicano? ¿Puede algún partido político reclamar la propiedad exclusiva de la herencia cristiana?

Tales problemas son inherentes a la democracia moderna, que se basa en la creencia de que las realidades últimas, los valores absolutos, no pueden establecerse como base del orden político. Nuestro contrato social consiste supuestamente en acordar no estar de acuerdo sobre la realidad última; de hecho, nos peleamos por ello en la arena política. La pretensión es que obtengamos un compromiso más o menos aceptable que refleje fielmente el equilibrio de poder de los sistemas de creencias en una sociedad religiosamente libre; de hecho, institucionalizamos un estado de guerra.

En resumen: equiparar el Reino de Dios con la cultura cristiana tiene como resultado aceptar una guerra cultural con los humanistas, que se resuelve (es decir, se permite que siga sin resolverse) mediante la acción política.

Justo cuando se acerca la era de Hillary y el callejón sin salida parece insuperable, llega Peter Leithart para recordarnos que nuestros problemas están relacionados, no tanto con conseguir malas oportunidades o hacer un mejor trabajo de recaudación de fondos, sino con todo nuestro enfoque. Consideramos el Reino como cultura y nos vemos obligados a aceptar el corolario de este punto de vista, la acción política en la plaza pública “neutral”, que nunca deja de decepcionar, cuando no acaba vendiendo el Reino a precio de saldo. El propósito de Leithart es liberarnos de la esclavitud de este engaño hacia la libertad espiritual de un Reino trascendente cuya supremacía es indiscutible y cuyo dominio apenas depende de lo que podamos lograr con las obras de nuestras manos. En resumen, Leithart echa por tierra la perspectiva Reino=cultura.

No con tantas palabras. Leithart es un miembro de esa rara especie, el verdadero caballero, en una época de hacheros periodísticos/literarios de segunda.⁵ De paso, me permito alabar también su excelente estilo de escritura: siempre claro, directo, a menudo profundo, con abundantes analogías e ilustraciones útiles. No es frecuente que semejante talento literario se ponga al servicio de un mensaje tan urgente. El mensaje en sí, todo sea dicho, es el más importante que puede hacerse en nuestros días. No quiero darle demasiada importancia, pero la combinación de don y mensaje que aúna Leithart sí me recuerda una maravillosa bendición de la dispensación de Dios, cuando el orador más brillante y elocuente de los últimos días de Roma fue también el llamado a proporcionar el contenido definitivo al cristianismo occidental: Agustín.

Estas últimas afirmaciones parecen socavar la tesis misma del libro de Leithart, según la cual el Reino y los dones y talentos “naturales”, culturales, “de este mundo”, no deben ponerse en una línea. Pero Leithart aclara lo que en esencia ha sido la enseñanza de la Iglesia desde que cristalizó sus puntos de vista sobre la actividad cultural (buena parte de la cual, por cierto, a través de la obra de Agustín, que él mismo luchó incesantemente con este enigma): que la actividad cultural sirve al Reino, sin llegar nunca a ser uno con el Reino, y por tanto que los talentos y dones se arrojan a los pies del Rey (Ap. 4:10) al reconocer que no somos más que esclavos inútiles, que sólo hacemos lo que se nos ha mandado (Lc. 17:10).

5 Para que nadie piense que estoy criticando a Gary North: Gary pertenece a una clase aparte, un verdadero maestro en el arte de descuartizar a sus oponentes de una manera más imparcial de lo que muchos merecen. Se necesita de todo para hacer un Reino.

Tenemos que tener en cuenta lo que la Biblia nos dice sobre la relación entre cultura y espiritualidad: más a menudo la relación es de conflicto que de cooperación. Los practicantes más exitosos de la empresa cultural son a menudo los que más se levantan contra Dios. Al menos así lo describe Pablo. “Porque ya veis, hermanos, vuestra vocación, que no muchos sabios según la carne [son llamados], ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir a los poderosos; y Dios ha escogido lo vil del mundo, lo despreciable y lo que no es, para destruir lo que es, a fin de que ninguna carne se gloríe en su presencia” (1 Corintios 1:26-30).

Por tanto, no es prudente considerar la Gran Comisión como una llamada renovada a someter la tierra, a construir la cultura:

Algunos han sugerido que la Gran Comisión es una reedición del "mandato de dominio" original dado a Adán (Gn. 1:26-28). Ciertamente ambos están relacionados, pero creo que es más exacto decir que el mandato de dominio establece el contexto para la Gran Comisión. La Gran Comisión supone que el mandato de dominio sigue vigente. No había ninguna necesidad de que Jesús “reeditara” el mandato cultural, porque la humanidad nunca dejó de formar culturas (p. 129).

Como subraya Klaas Schilder en su estudio *Cristo y la cultura*, el mandato cultural es el “sustrato” sobre el que se elabora el destino humano, a la bendición o a la maldición, al cielo o al infierno. El dominio que se pide en la Gran Comisión es algo superior a ese sustrato; de hecho, actúa sobre él. “El dominio de los santos no es de carácter terrenal. Haciendo eco de Santiago, incluso los demonios pueden tener una forma de dominio (Santiago 2:19). Pero las Escrituras enseñan que todos los que están ‘en Cristo’ tienen una autoridad negada a todos los que están fuera de Cristo; sólo los que están ‘en Cristo’ están sentados en tronos celestiales. Sólo los que están en Cristo tienen acceso al verdadero anillo interior de poder y privilegio” (p. 72). Al incrédulo, por su parte, no le falta habilidad; lo que le falla es el corazón:

Cornelius Van Til utilizó la ilustración de la sierra circular para explicar la diferencia entre el regenerado y el no regenerado. El problema del incrédulo no es que la hoja de la sierra—que representa su razón, sus sentidos, sus habilidades artísticas o técnicas—esté desafilada. Su hoja puede estar muy afilada. El problema es el ajuste de la hoja. Hace cortes magníficos y acabados, pero en el ángulo equivocado. Del mismo modo, el incrédulo construye magníficos sistemas filosóficos en premisas fundamentalmente falsas. Su problema no es la falta de racional o habilidad técnica. Es su carne pecaminosa heredada, y su incredulidad real, rebelión y pecado. Como dijo Van Til, su problema es ético, no metafísico. La conversión no afila la hoja, sino que la vuelve a colocar en el ángulo correcto (p. 131).

¿Deben, pues, los cristianos aceptar una condición de inferioridad cultural—como dice Gary North, ser felpudos para Jesús—a la espera de la realización del Reino? Por supuesto que no. Es una pista falsa proponer una disyuntiva en este caso: o éxito cultural o crecimiento espiritual. “Porque el ejercicio corporal poco aprovecha, pero la piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa de la vida presente y de la venidera” (1 Tim. 4:8). Cuando a la cultura se le abren las puertas del Reino, queda redimida de la maldición en que incurrió por la caída de Adán, tanto a nivel individual como

colectivo. “La entrada en el Reino y el acceso al santuario mejoran las capacidades culturales de una persona. Los que han comido y bebido con el Rey al principio de la semana serán más justos por el Espíritu y también serán trabajadores más hábiles durante toda la semana. Aquellos que escuchan la Palabra del Señor, y la obedecen, construyen culturas superiores. El Dios que diseñó el mundo nos instruye en las Escrituras cómo vivir en él. Aquellos que son obedientes están construyendo culturas como Dios quiso que fueran construidas. Al fin y al cabo, si la hoja de la sierra está bien colocada, se pueden hacer mejores estanterías” (p. 131).

Pero el punto clave de todo esto es que el Reino es el fin, la cultura es el medio. El ministerio de la Iglesia da lugar a culturas redimidas, pero no es tanto el objetivo del ejercicio como el culto al Dios verdadero del que es fruto. Que Dios sea alabado, honrado, adorado, obedecido, sometido, es el punto. Que seamos liberados del “pecado que tan fácilmente nos asedia” (Hebreos 12:1), librados del “cuerpo de esta muerte” (Romanos 7:24), sabiendo con Pablo que vivir es Cristo, pero morir es ganancia (Filipenses 1:21), ésta es la meta, ésta es la victoria. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:1-2). “¿Acaso adquirir dominio terrenal es el fin principal del hombre? ... La Biblia responde un atronador ¡NO! Al contrario, la Biblia nos enseña que los cristianos cumplirán el gran designio de Dios sólo si viven por la fe en las cosas invisibles, sólo si ponen en primer lugar las cosas celestiales” (p. 83).

De estas conclusiones se desprende que no podemos hacer nada mejor en nuestra situación actual que volver a la vida tradicional de la iglesia institucional como punto central de nuestros “esfuerzos por el Reino”. Leithart denomina alternativamente los modelos “eclesiástico”, “sacramental” y “litúrgico” del Reino (cf. pp. xi-xii). El énfasis se pone aquí en la vida de la comunidad de culto. En comunión con Dios, nuestras vidas recuperan su equilibrio. Volvemos a ver las cosas en su sitio. Nos damos cuenta de cuál es nuestro lugar en el esquema más amplio de las cosas. Reconocemos que la situación actual, por sombría que parezca, no es toda la historia. Tenemos algo más que el potaje del que se glorían los Esaus que nos rodean. Tenemos vida con Dios en Cristo. Como suplicó Moisés a Dios: “Si tu presencia no va conmigo, no nos saques de aquí”, a pesar de que Él prometió la victoria sobre los cananeos (Éxodo 33:1-17).

Para que nadie crea que tal práctica es sólo un descenso al pietismo de comer lotos, Leithart nos recuerda que en el culto llegamos a la presencia de Dios y, al hacerlo, participamos en su gobierno sobre todas las cosas. “El cielo es a la vez el lugar donde nos encontramos con el Dios trino en íntima comunión, y el lugar donde nos sentamos en tronos gobernando todas las cosas.... El Cielo es el Anillo Interior, un lugar tanto de intimidad como de poder. Si queremos llevar a cabo una guerra santa bíblica, nuestra primera ofensiva es elevar a nuestro Rey-Guerrero en nuestras alabanzas” (p. 98). La Iglesia posee las llaves del Reino; ata y desata permitiendo o impidiendo el acceso a la presencia del Rey. Como siempre ha proclamado la ortodoxia, las llaves del Reino son la predicación de la Palabra y el control de la administración de los sacramentos: éstas abren y cierran el Reino al mundo. “Dios concede la salvación, la vida y la comunión con Él por el Espíritu en la iglesia.... El santuario está cerrado para los hijos de Adán. Si quieres entrar en el Lugar Santo, tienes que ver a los que tienen las llaves” (p. 106).

No es nada vergonzoso que la Iglesia se dé cuenta de que su vocación no es ocupar puestos terrenales de poder. El éxito terrenal Dios lo concede a quien Él quiere, y como se han dado cuenta los santos a lo largo de la historia, no siempre está claro por qué lo concede a algunas personas que no lo merecen y no a otras que sí lo merecen. Es cierto que el Israel del Antiguo Testamento vivía en una relación de alianza con Dios en la que se hacía hincapié en las bendiciones materiales a cambio de obediencia. Ciertamente, tal relación de alianza no es sólo particular de Israel, sino que es válida para todos los pueblos en todos los tiempos. Pero la Iglesia siempre ha enseñado que esas bendiciones del Antiguo Testamento no eran fines en sí mismas, sino medios para enseñar fines más elevados. Eran tipos de las bendiciones espirituales que sólo se revelarían plenamente en el Nuevo Testamento. Es un signo de inmadurez buscar primero esas bendiciones, en lugar de las bendiciones espirituales que tipificaban. Este, por supuesto, fue el error de los judíos.

Hay otro nivel en esta discusión que no se discute a menudo. Hablo de la doble elección presentada en Génesis capítulo 9, una al sacerdocio y otra a la cultura. Estos dos llamamientos no son lo mismo. Dios eligió tanto a Sem como a Jafet, no sólo a Sem. Llamó a Sem para ser Su sacerdote; llamó a Jafet para tener dominio.⁶ El resultado: los judíos trajeron al mundo la verdadera religión, mientras que los griegos y los romanos, hijos de Javán (Génesis 10:4-5) trajeron al mundo los fundamentos de la verdadera cultura.⁷ Fue cuando Jafet decidió que, después de todo, dejaría de seguir a Cam y se volvería para “habitar en las tiendas de Sem” (Génesis 9:27) cuando la cultura se reconcilió con el Reino.⁸

La razón es clara: ambos se necesitan mutuamente. Sem necesita los frutos culturales del trabajo de Jafet, al igual que Jafet necesita las bendiciones espirituales de la vocación sacerdotal de Sem. Tales bendiciones a los gentiles ayudaron a convencer a los judíos vacilantes de que la llamada de Dios era universal, no sólo para el pueblo elegido de la Antigua Alianza. Los “triunfadores” culturales, al darse cuenta de lo efímero que es ese éxito y de lo poco que se lo deben a sí mismos, acuden temblorosos al sacerdote para dar gloria a Dios por lo que Él, de hecho, les ha concedido, como hicieron muchos romanos, agudamente conscientes y sensibles a la carga del imperio. Es una relación de refuerzo mutuo, y cuando esa relación se cimenta, el Reino se establece entre los hombres.

6 Génesis 9:26: “Dios engrandecerá a Jafet”. Keil & Delitzsch señalan que la palabra para “engrandecer” está relacionada con el nombre de Jafet, indicando ya sea extensión sobre un amplio territorio o colocación en una posición libre, sin trabas: “ambas alusiones deben retenerse aquí, de modo que la promesa a la familia de Jafet abarcaba no sólo una amplia extensión, sino también prosperidad por todas partes. Esta bendición fue deseada por Noé, no de Jehová, el Dios de Sem, que otorga el bien espiritual salvador al hombre, sino de Elohim, Dios como Creador y Gobernador del mundo; pues se refería principalmente a las bendiciones de la tierra, no a las bendiciones espirituales; aunque Jafet también participaría de éstas, pues debería venir y habitar en las tiendas de Sem”. C.F. Keil y F. Delitzsch, *Comentario al Antiguo Testamento en diez volúmenes: Volumen I: El Pentateuco: Tres volúmenes en uno*, trad. James Martin (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmanns Publishing Co., 1985 [reimpresión]), vol. 1, pp. 158-159.

7 Incluso esto, debe recordarse, fue el fruto posterior de la civilización israelita que se erigió como un faro entre las naciones semíticas y hamitas del Creciente Fértil (Asiria, Babilonia, Egipto) y que precedió al surgimiento de la civilización jafetí, que se centró en el Mar Mediterráneo (en el lenguaje del Antiguo Testamento, las “costas” o “islas”).

8 “‘El cumplimiento’, como dice Delitzsch, ‘es bastante claro, pues todos somos jafetitas que habitamos en las tiendas de Sem; y la lengua del Nuevo Testamento es la lengua de Javán entrado en las tiendas de Sem’. A esto podemos añadir, que por el Evangelio predicado en esta lengua, Israel, aunque sometido por el poder imperial de Roma, se convirtió en el conquistador espiritual del *orbis terrarum Romanus*, y lo recibió en sus tiendas.” Keil & Delitzsch, *Comentario*, p. 160.

Cuando no se reconoce esta doble naturaleza de la elección y se acepta el enfoque cultura=Reino, se asegura un destino como el que los judíos se buscaron al rechazar a Jesús, su Mesías. Los judíos veían a Roma como el modelo, la realización, de su idea del Reino. ¡Qué lejos de la verdad estaba eso! Los judíos envidiaban a Roma, deseaban la posición que Roma tenía en el mundo, esperaban un Mesías que les diera precisamente eso. Cuando Jesús rechazó ese deseo, lo crucificaron. Al hacerlo, se relegaron a sí mismos a los remansos culturales, al aislamiento del gueto, un exilio autoimpuesto porque rechazaron la llamada de Dios a Sem, y a Abraham, y a la Iglesia: salir al mundo y llevarle Su bendición, el mensaje de la reconciliación. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor 5,19). Si la Iglesia se aísla y alimenta la ilusión de que puede hacer de sí misma una cultura, acabará en una posición parecida.

Y gran parte del cristianismo contemporáneo parece exactamente así. El fundamentalismo se combina con el milenarismo militante para crear un remanso cultural, al mismo tiempo fascinado y repelido por el mundo, su cultura una pálida imitación de la del mundo, su dependencia del mundo cada vez más dolorosamente evidente a medida que continúa perdiendo cualquier control que tenía sobre las riendas de la opinión pública. Sus hijos, sintiendo la impotencia y la inutilidad, sucumben al atractivo de la cultura mundana y se pierden para el Reino, normalmente para siempre.

¿Queremos acabar como los judíos? ¿Queremos que se burlen y abusen de nosotros por lo absurdo de nuestras siempre incumplidas pretensiones milenaristas? Entonces sólo tenemos que seguir persiguiendo el dominio cultural absoluto como si fuera la vocación que Dios ha puesto en nosotros. Pero esa no es nuestra vocación en absoluto. Nuestra vocación es hacer valer las exigencias de Dios sobre los pueblos y las naciones para que puedan cumplir ese mandato de dominio y llevar sus frutos a las puertas, a la ciudad celestial (Ap. 21:24-26).